

# "El hombre elefante"

**Alberto García Ferrer**

**C**ONSTRUIDA como un folletín por entregas, con fundidos de cierre y apertura, tanto la planificación como la estructura de los personajes obedecen, en "El hombre elefante", a una clara intencionalidad: "humanizar" la vida de un hombre que cien años atrás nació marcado por la genética y padeció una sociedad incapaz de asimilarlo.

David Lynch, un joven director norteamericano, con otro largometraje anterior en su carrera: el revulsivo "Eraserhead", que ha permanecido durante años en la programación de algunos circuitos especiales norteamericanos, ha elegido un camino para contar la historia del Hombre Elefante: la pintura de una época. Ha desechado, con acierto, el efectismo tan en boga en las producciones del género del horror o la despreciable promiscuidad de esa excrecencia del Cinema Verité que han ejercitado algunos realizadores italianos.

Fiel a su intento de recrear la atmósfera de la Inglaterra victoriana, eligió el blanco y negro, no sólo por su aproximación a una textura, sino por la necesidad de los contrastes (excelente fotografía de Freddie Francis).

El retrato de la época y de su espíritu está en el ambiente, en las fábricas, en el humo, a veces denso y blanco, que, como gruesa muralla, oculta el cielo y otras veces negro y sofocante, suspendido en el aire sobre los ambientes miserables y las callejuelas sombrías. Sobre todo, la época está en los personajes. Lynch no ha hecho sino pintar una época como la veían, la vivían y nos la contaron algunos de sus moradores.

### LA EPOCA: ENTRE DICKENS Y WELLS

Epoca de inmovilidad social, donde cada uno lleva el signo de su clase como una mancha indeleble; no era posible saltar el abismo que dividía la Inglaterra de Saint James o Buckingham de la Inglaterra de Whitechapel o la calle Dorset. La burguesía, ajena a la lucha cotidiana y embrutecedora por la subsistencia, vive su propio código de relaciones. Los gestos y las maneras mediatizan la relación entre los hombres. Crean una zona de conflicto exterior a ellos, donde se resuelven los pleitos: la ironía, el cinismo, la actitud, el gesto, el saludo. La Inglaterra victoriana elegante, gentil, mesurada, represiva, rígida, meticulosa, fría, es la imagen volante, universal, añorada del Imperio. Es la imagen de los gobernadores de las posesiones de ultramar, de sus almirantes, de sus hombres de negocios. La otra Inglaterra, la de puertas adentro, es vulgar, agresiva, no conoce de dobles sentidos ni de la elegancia del saludo, ni de la ceremonia del té. Sus habitantes viven en la trastienda, comparten sus vidas con las ratas, la humedad, la pestilencia de los desechos industriales, entregan más de quince horas de su vida diaria a los rechinantes telares que dan fama a la industria textil inglesa y se emborrachan en los pubs con enormes jarras de cerveza. A la sonrisa oponen la carcajada, a la curiosidad la burla, a la piedad el rechazo, a la rigidez la brutalidad.

Así construye Lynch la Inglaterra del Hombre Elefante que es, al fin y al cabo, la Inglaterra de



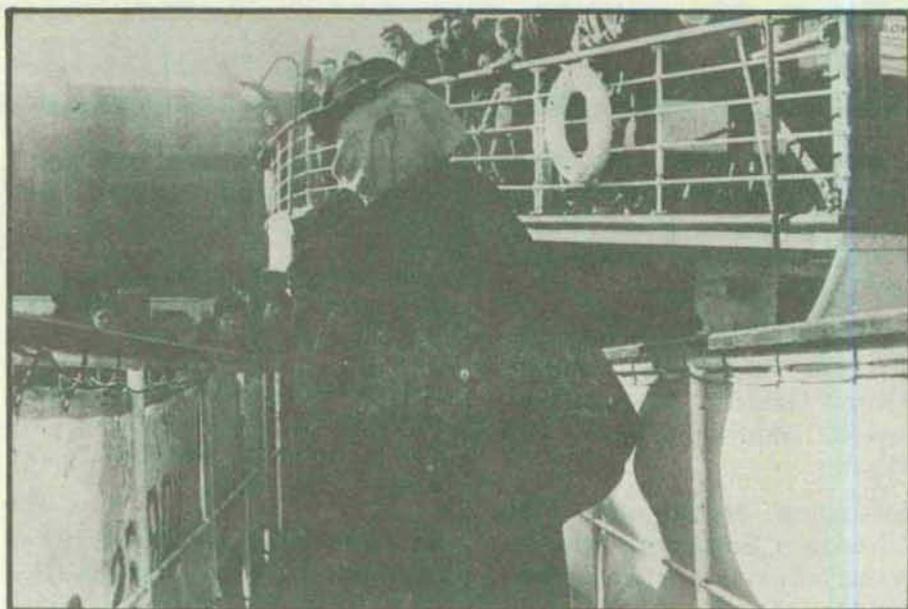
**T**OM Merrick arrastró durante su corta vida la condena de ser exhibido en la periferia de las ciudades, en las bulliosas y miserables barracas de las ferias. Obligado a comportarse como un animal acorralado y a contemplar su deformidad en el rostro horrorizado, burlón, hiriente y agresivo de sus espectadores.

Dickens y también la de Conan Doyle y, por qué no, la de George Wells, encendida por el positivismo científico, la polémica del maquinismo, la fe en la ciencia y en el darwinismo social: la supervivencia del más apto.

Una conclusión paradójica, una ironía de la sociedad victoriana: sólo un ser deforme, excepcional (por razones ajenas a su voluntad) puede vivir, no sólo conocer, la más patética marginalidad y la abyección de la miseria y repentinamente, como un sueño apacible que sucediera a la vigilia, compartir el palco de un teatro con la princesa Alejandra y recibir la ovación de la sala cuando la más famosa y cortejada actriz del momento le dedica a él, a Tom Merrick, la función de gala.

#### LA FERIA: EL ESPEJO DEFORME DE LA SOCIEDAD

Como el Kaspar Hauser de Herzog, Tom Merrick no tiene salida. No puede librarse de su apariencia, de esa parte de sí mismo que, por algún capricho de la Naturaleza, ha crecido rompiendo los códigos y las leyes de su propia especie. Sabe que su destino es ser mirado y no puede soportar la



lectura de los rostros que le rodean. Elige su propio final. Ha tenido su noche más gloriosa en el palco del teatro, está mortalmente enfermo, tiene apenas veintitantos años, una idea del mundo que lo rodea: seres que lo han tratado brutalmente y otros que han mitigado su dolor, el retrato de una mujer hermosa que fue su madre y otro de una que lo escuchó, le habló, le hizo conocer el

teatro y hasta le besó, una maqueta que él ha construido a partir de las torres, un traje, unos amigos, unos libros (entre ellos "Romeo y Julieta", que ha leído con devoción) y tiene también una cama. Esa es su arma suicida: recostarse como un ser humano cuando ya no puede esperar nada de la vida.

En una de las escenas más conmovedoras del film, los compañeros de la feria logran arrancar a Tom Merrick de la jaula en la que está confinado por la brutalidad de quien vive de su exhibición y lo acompañan, a través de un paisaje alucinante, hasta el barco que lo conducirá nuevamente a Inglaterra. Los enanos, la mujer barbuda, el hombre montaña, las siamesas son sus compañeros de espectáculo. Para ellos, como para Tom Merrick, sólo hay un lugar permitido, una zona donde se tolera su existencia, un "ghetto": el escaparate de una feria. Contemplar allí la deformidad ajena tiene la virtud de hacernos apartar la vista, vanamente, de nuestras propias miserias. Fuera de la zona de tolerancia está la persecución, el acoso, el arrinconamiento en los mingitorios de una estación de trenes. Porque la proximidad, la familiaridad, el reconocimiento como ser humano no pueden ser otorgados. La deformidad, la particularidad o la simple diferenciación deben ser apartadas, acotadas, señaladas para que, al mirarse en ellas, quede el alivio de decirse: yo soy "normal". ■

A. G. F.

